

literarios. Lo original de su obra está en estas breves características de un estilo que se aleja a pasos agigantados de lo que no es esencial, de todo barroquismo o engolillamiento poético. Es por ello que su poesía tiene mucho de lo coloquial, aunque un afán de definir lo terrible le quema los labios.

Alguna vez hemos comentado que la poética actual trae en sus alforjas los mismos dilemas de un período crítico tan arduo en incógnitas: la encrucijada de la Edad Media con el Renacimiento. La idea de la muerte, la danza irremediable, la presencia fatídica, la duda en lo absoluto, la necesidad de un renacimiento del hombre y su destino en la tierra, el problema de la fe, toda la problemática de una cultura, se agolpan de pronto en este afán de algunos escritores chilenos que trabajan con dignidad. Tal lo hace Pablo García.

¿No se hace imperioso recordar ahora que esta falta de fe que ha caracterizado a más de alguna generación moderna no es sino la falta de fe en el hombre? La respuesta la está dando una filosofía que, superando en sí la crisis de los valores morales, afirma su creencia en la humanidad. La nada, la negra cámara sin salida, en obras de algunos pensadores contemporáneos pierde la significación que las corrientes extremas del existencialismo habían elevado a categoría de sistema. Y sólo en una posición dialógica del hombre con el hombre, como lo pide Martín Buber (*¿Qué es el hombre?*), la humanidad ha de alcanzar su sed de absoluto.

El libro de Pablo García ha tenido la virtud de suscitarnos otra vez estos problemas que, sin lugar a dudas, han de despertarse todavía en otros de sus enjuiciadores.—*Luis Droguett Alfaro.*

■

“EL MAR TRAJÓ MI SANGRE”, de *Alberto Ried*. Editorial del Pacífico. Santiago, 1956

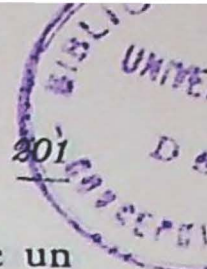
No hace mucho tiempo, hojeando uno de los números de la revista de “Los Diez”, nos encontramos con un dibujo a pluma de Alberto Ried. Se trataba, si nuestra memoria no se confunde, de unas

torres dibujadas con trazo preciso, con ese cariño por la elaboración arquitectónica que atisba los altos y bajos de la piedra, que se deja seducir por la magia de la orquestación simétrica. No dejaba de ser importante el ver esa lámina de Ried, del artista, del hermano escultor, de uno de los animadores más entusiastas de esa generación que tuvo en Pedro Prado a su ejecutor lírico.

El nombre de Alberto Ried le teníamos asociado a la vida de tantos artistas de nuestra tierra, pues sabíamos que, a más de ser él un maestro de vida, un *gourmand* del espíritu, practicaba el estímulo sistemático para otros artistas de su generación desde las páginas de un diario santiaguino.

Gracias a un evento que para nosotros era esencial, conocimos a Ried en la Casa de la Cultura de Ñuñoa en el mes de abril del año pasado. Participábamos en la organización y en el homenaje que ese centro de cultura rendía al pintor chileno Agustín Abarca. Fiel a la amistad, siempre regocijado por el calor de las anécdotas, Ried, en esos atardeceres otoñales de Ñuñoa, iba a rendir culto al círculo de amigos que rodea al poeta Angel Cruchaga Santa María. Ahí, en esa casa que custodia con cariño, con interés no siempre valorizado, Angel Cruchaga nos presentó a este maestro de la anécdota, a este conversador infatigable, al viajero sin equipaje de vuelta de la aventura, de la bohemia, de las jornadas heroicas de París. El mismo Alberto Ried, sin los afeites literarios, sin la alevosía de un oficio rebuscado, con espontaneidad sin par, nos cuenta ahora en las páginas de sus memorias de *El mar trajo mi sangre*, todas las alternativas, las tristes y hermosas alternativas de su carrera de escritor, de su carrera de artista representativo de una generación generosa como pocas en la cimentación de nuestra cultura.

Conversar con Alberto Ried constituye un placer impagable. Vibra en la recordación, rejuvenece de contento, arden sus pupilas de pionero, de conquistador germano-latino. Escuchar a Alberto Ried es asistir a la gesta misma de esa generación que aventó su talento por todos los puntos cardinales, que no dejó de realizarse aún en los momentos difícilísimos de la pobreza, del desaliento o la incompre-



sión. Revivimos la charla de Ried, con todas las características de un estilo conversacional en las páginas de sus memorias. Pues es digna de señalar, entre las constantes literarias de esta obra, su fibra de autenticidad, el giro sintáctico carente de remiendo literario, en provecho de una fluyente simpatía del texto, de esa simpatía que nos recuerda el gesto, el tono, la voz misma del escritor en la charla amenísima. Y esta es una de las virtudes que nos seduce en las páginas del libro de Ried: la secuencia va aderezada de ese no sé qué chilénísimo, de esa idiosincrasia del estilo del decir chileno que se enriquece todavía con la presencia en sus páginas de personajes que no entran con la estatura suficiente que da el coturno, sino que nos seducen por su verdad, por esa carencia de pose, de almibaramiento, de torpeza. Las páginas de este libro nos abren una época plena de significativas figuras chilenas. Desfilan en una pantalla, tal vez demasiado fugaz, las imágenes del poeta Manuel Magallanes Moure, lo vemos moverse, presentimos no sólo su espíritu de refinada trabazón sino que hasta se nos anima en la indumentaria, una indumentaria de fin de siglo. Y junto a esta figura imborrable, otras, pasajeras, de pintores chilenos en el París de la bohemia inaudita. Sin embargo, el libro casi tiene un protagonista que roba al autor su preeminencia. Aflora su estampa irreductible, viva, dionisiaca, contradictoria, un tanto estrafalaria, apasionada, maestra. Nos referimos al pintor Juan Francisco González. Alberto Ried ha hecho un retrato en varios escorzos del artista chileno. Aunque no es un retrato que aspira a la estatuaria, a la rigidez literaria, escapa Don Juan Pancho a un tratamiento académico, a un sobajamiento de sus contornos. Estampa impresionista, con toques tragicómicos, con algo goyesco, pletórica. En el libro del autor de *Hirundo* el pintor frutal, el iconoclasta, el seductor de la juventud artística de Chile, el taumaturgo, entra y sale en breves recordaciones que Ried hace de su maestro cuando el discípulo viaja por Europa. La transcripción que hace Ried de ese relato de sabrosos contornos intitulado *Cachespeare* y escrito especialmente por Juan Francisco González para la revista de "Los Diez"

es un acierto. Ese rasgo de chilenidad que deja este libro encuentra en ese aguafuerte del pintor una justificación exacta.

*El mar trajo mi sangre* ha de constituir no sólo un testimonio de una personalidad de ricas facetas, de insospechadas dotes, como es la de Alberto Ried. Fundamental será conocer esta obra para elevar la carta de la geografía espiritual de la generación de "Los Diez". Cuando se escriba la historia de esa generación o cuando alguien se eche a andar por nuestro pasado literario y artístico no podrá prescindir ya del conocimiento de esta obra que junto a otras publicadas no ha mucho, representan el advenimiento del género memorialista que tanto interesa en nuestra vida chilena. Obras como *Cuando era muchacho*, de José Santos González Vera, y *Memorias de un tolstoyano*, de Fernando Santiván, tienen ya su compañera en la de Ried. Esta trilogía memorialista ha de constituir no sólo un documento para el historiador de nuestra literatura sino que también un incentivo para los escritores chilenos demasiado parcos en la confianza. Este renacimiento del género viene precedido de un prestigio que nadie ha de menoscabar, pues no son los escritores que nombramos autores que desvirtúen la realidad; por el contrario, el toque certero, el rasgo inconfundible, la verdad junto al arte, los caracteriza. La varonía en el decir, en el animar figuras del pasado. Alberto Ried no olvida tampoco su condición de pintor, pues su pupila sabe detenerse al justo sin recargar los detalles. Es únicamente en los primeros capítulos de su obra donde el autor detiene su pluma en pormenores que dan el tono familiar; los hechos de la infancia, los personajes que desfilaron en su linterna mágica de sus años escolares, los personajes históricos, las diabluras del niño fantasioso, todo ello y más hace en esos capítulos la acción un poco menos intensa, pero no menos interesante. Cuando comienzan los viajes asistimos al conjuro de las personalidades que seducen al solo nombrar sus pasiones: Don Miguel de Unamuno, César Vallejo, logran prestancia, logran vida, consistencia. Ried sabe infundirles alma a sus recuerdos y no peca de pretensiones mal entendidas cuando nos enumera sus amistades en las zonas más inesperadas. Escenas de un sabor indiscutible son

aquellas destinadas a recordar su labor como Cónsul de Chile en Burdeos. El conocimiento que obtiene al contacto de algunos chilenos trashumantes es digno de figurar no sólo en una obra de curiosas estampas, como es la de Ried, sino que también en una obra que caracterice los rasgos aventureros de nuestra raza. No son menos importantes estos personajes anónimos en el libro que comentamos. Ellos dan la tónica de humor y de tristeza en horas poco amenas en su vida de diplomático sudamericano.

Las páginas destinadas a Pedro Prado tienen también un no sé qué de melancólicas; la imagen que Ried nos da del autor de *Un juez rural* están adobadas por el sentimiento entrañable de la amistad. Espíritu generoso el de Pedro Prado, de una generosidad literaria, de una bondad, de un estímulo a flor de labio para el *hermano errante* que emprendía el viaje hacia Estados Unidos. Otro de los poetas que en *El mar trajo mi sangre* es recordado con cariño es Ernesto A. Guzmán, el poeta mal olvidado por ciertos círculos, pero nunca negado por los catadores de la auténtica poesía chilena.

Hay en Alberto Ried un aspecto que no dejamos de señalar como esencial. Es aquel que se desliza por una bien cimentada maestría en el trazo picaresco. No rehuye la anécdota bien aliñada, ni menos evita decir su verdad, la que él desea se conozca en la historia de su generación. Este espíritu picaresco pareciera ser una herencia que dejara a sus discípulos el maestro Juan Francisco González. Alberto Ried da las pinceladas necesarias y de ellas nace el total, a veces bosquejado en demasía.

*El mar trajo mi sangre* constituye una obra entretenidísima; los capítulos destinados a dar noticia de sus viajes por Italia y Alemania, de rápidos trazos, dan una idea real de inquietud, de insatisfacción. Los hechos se suceden como si el autor estuviera a las puertas de una hecatombe. En esta sucesión de imágenes va aprisionando paisajes, escenas populares, nostalgia, ansia de un más allá, de un deseo de captar la belleza toda, de hartarse en el gozo del mirar. Pero todo es tan efímero y nos quedamos los lectores también con un deseo de que ese todo no fuera una imagen en fuga. Variedad, liviandad,

curiosa manera de interesarnos la de Alberto Ried. El hecho de asistir a una de sus charlas nos hace comprender que el escritor, el artista, el autor del famoso Cristo, no estará satisfecho con estos recuerdos y que pronto nos dará una nueva obra, plena como ésta de vida, de arte, de viajes. Al escritor y al charlador notable que es él, le deseamos esa nueva aventura en un próximo libro.—*Luis Droguett Alfaro.*



“APRECIACIÓN TEATRAL”, por *Mario Naudon*. Editorial del Pacífico. Santiago de Chile, 1956

Entre los cambios profundos que la vida cultural chilena ha experimentado en los últimos años, se cuenta el creciente interés por todo lo que tiene que ver con el teatro. No visto solamente como lugar de esparcimiento o centro social de *snobismo* —que todo esto sucede entre nosotros— sino como necesidad de expresión.

Y es un poco penoso considerar que dicho afán, cultivado ya en varios sectores sociales, mantenido en algunos grupos con seriedad mística, y que poco a poco va llamando a las puertas de todas las edades, hasta hacer escribir a gente muy joven, de esa que todavía parece no haber padecido las llamadas “experiencias vitales” como quieren los sesudos entendidos, todo esto, anuncio de una posible madurez intelectual, carece todavía del adjetivo definitivo, del carácter esencial, para que llegue a pesar en el concierto de las naciones. Falta la manifestación propiamente nacional en las preocupaciones en torno al espectáculo de teatro y a la dramaturgia, especialmente.

No decimos estas cosas por manías nacionalistas. Nada más lejos. La apuntamos, porque para dirimir la cuestión, urge enfocarla desde un punto de vista más ingrato todavía. Disimulémoslo con una pregunta: ¿Tenemos fisonomía nacional? Aquí está el problema. Es anterior al comentario más o menos apasionante de si hay